

**DISCURSO DEL EXCMO.  
SR. DON JOSE HERNANDEZ DIAZ  
CONTESTANDO AL DE RECEPCION  
DEL EXCMO. SR.  
DON ENRIQUE VALDIVIESO GONZALEZ**

**EL DIA 5 DE MAYO DE 1996**

Excmo. Sr. Director:

Excmos. Sres. Académicos:

Señoras:

Señores:

Gozo muy sincero se siente al recibir y dar la bienvenida a un nuevo compañero, al seno académico, máxime si, como en el caso presente se trata de una personalidad de idéntica vocación, profesión, afanes comunes y amicales inquietudes.

Mas aún es pleno alborozo al comprobar que ocupo esta tribuna por séptima vez en acto de recepción, y lo que es más sorprendente, treinta y cuatro veces totalizadas en las diversas Academias de las que formo parte como Numerario; todo ello debido a mi longevidad, a la benevolencia de los Directores y al afecto de los colegas.

\*\*\*

Al comenzar el procedente «laudatio» en mi disertación, manifestaré lo siguiente: Conocí a Enrique Valdivieso González, nuestro ilustre recipiendario de hoy, en trance de oposiciones universitarias; primero en las de profesores Adjuntos (1974) y, un año

después, en las de profesor Agregado de la Universidad de La Laguna; teniendo la satisfacción de votarle en ambas actuaciones, reconociendo así su preparación, saberes y cualidades pedagógicas.

Al estudiar detenidamente su currículum, en obligado cumplimiento, supe que era vallisoletano (1943), estudiante en la Universidad de su ciudad natal y en la Complutense, licenciándose en aquella en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras ((1969) y doctorándose más tarde (1972) con máximas calificaciones.

Ya en ambas etapas de su quehacer manifestó sus aptitudes de investigador, simultaneándola con la docencia, en claros afanes universitarios. Así, pues, su Memoria de licenciatura versó sobre «*La pintura vallisoletana del siglo XVII*» y su tesis doctoral acerca de «*La pintura holandesa del siglo XVII en España*», estudiándola «in situ», pues se desplazó a Holanda, becado por la Fundación Juan March.

Desde entonces, por auténtica necesidad formativa, viaja sin cesar por todos los lugares, que precisaba conocer, para sus trabajos, en acto o en potencia.

Simultáneamente laboraba con predilección sobre la pintura barroca española del siglo XVII, integrando la prestigiosa escuela vallisoletana de Historiadores de Arte, dirigida por mi entrañable compañero Juan José Martín González (a quien también tuve el placer de contestar en su recepción en la Nacional de Bellas Artes de San Fernando, en 1985). Allí Valdivieso enseñaba, investigaba y publicaba, codo con codo con sus colegas, los excelentes profesores Plaza, Urrea y otros.

En La Laguna, profesó de 1975 al 76, pasando con la misma categoría de Agregado este mismo año (1976) a nuestra ciudad, siguiendo ciertamente el consejo de Lope de Vega al enseñarnos:

*«Y sí a ver te persuades  
Ciudades, vete a Sevilla,  
que en ella por maravilla,  
están todas las Ciudades.*

accediendo a la Cátedra de Historia del Arte en el Alma Mater Hispalense (1976) con la promoción de aquellos Titulares a estos, en la docencia superior hispánica.

El recipiendario formó parte del sevillano «Laboratorio de Arte Francisco Murillo Herrera», desarrollando docencia e investigación a tono con la prestigiada escuela sevillana de Historiadores de Arte, aunque con singular personalidad.

Inmediatamente comienza a formar un equipo de investigación con elementos del Departamento sevillano de Historia del Arte y a publicar sin pausa, juntos o separadamente, incrementando una importante bibliografía que se incluye en un apéndice de su discurso.

Desde entonces, nuestro dilecto compañero se integra no solo en la vida universitaria, sino en la cultural sevillana, colaborando en jurados, exposiciones, conferencias, dictámenes, recensiones, etc., a nivel de su preparación, afabilidad y buen talante.

A este respecto, tras cuatro lustros de permanencia entre nosotros, lo creo incardinado en el ambiente sevillano, a tenor del proverbio latino que reza: «Ubi bene, ibi patria» (Donde se esté bien allí está la patria).

\*\*\*

Nuestro nuevo colega ejerció durante siete cursos en su Universidad de origen y paulatinamente en La Laguna y en Sevilla, según se ha expuesto.

Tanto en la Cátedra, ante sus directos discípulos, como en la orientación de trabajos, tesis de licenciatura y doctorales, formación de discentes, orientación de colaboradores, etc. realiza una tarea ejemplar, recordándonos la aseveración de Unamuno: «Deber es del maestro en una disciplina cualquiera inspirar afición a ella en sus discípulos, hacerles amar sus estudios». Alguien lo ha calificado, con justicia, como «un maestro en el aula».

\*\*\*

Naturalmente como investigador, publica sus hallazgos y juicios en libros, folletos, artículos de revistas, y hemerográficos, individualizados, unos, en colaboración con su equipo, otros.

Nota distintiva en su brillante producción es su fecundidad, laborando agotadoramente, con presteza, extensa, profundamente

«y al día». Parece comprobarse el consejo de Baltasar Gracián al afirmar: «Traga primero leyendo, devora viendo y rumia después meditando».

Tanta es su facundia, que varias veces me ha recordado el «Carpe diem...» (Disfruta de lo presente) Horaciano o la estrofa del poema del Mío Cid que dice: «Apriesa cantan los gallos e quieren quebrar albores».

Citemos a continuación —algunos de sus importantes libros;— además de los ya referidos en la vallisoletana Universidad y de su participación en los inventarios artísticos de Palencia y Peñafiel:

Así pues, tan pronto se establece en nuestra ciudad (1976), según queda dicho, inicia sus tareas investigadoras, dando a la estampa su «*Juan de Roelas*» (yo mantego el Ruelas) —1978— y el mismo año el *Catálogo de las pinturas de la Catedral de Sevilla* (con el hallazgo —entre otros— de un Francisco Planco, tan importante para el conocimiento del Taller de Zurbarán), ampliando el propio tema (limitado ahora a los siglos XVII al XX), e incluido en el libro dedicado a la Catedral, impreso en 1984.

La *Historia de la pintura sevillana, Siglos XIII al XX* (1986), es una obra monumental, básica en la bibliografía histórico-artística y de imprescindible consulta. Muy lejana ya la *Die Sevillaner Malesrschule* que en 1911 dió a la estampa August. L. Mayer.

«El estudio sobre la obra pictórica de la Universidad hispalense, se fecha en 1986.

Le sigue la importante monografía sobre *Juan de Valdés Leal* (1988), trabajo exhaustivo de tesis, donde puede decirse que agota el tema en sus diversas vertientes —pictórica, social, histórica, psico somática— muy distinto del libro de idéntico asunto firmado por José Gestoso en 1916.

A la *pintura sevillana* del siglo XIX, ha dedicado otra sugestiva publicación (1991). Este mismo año da a la estampa su *Iconografía de Sevilla, Sevilla pintada*, con eruditas aportaciones.

\*\*\*

La colaboración con su equipo universitario de investigación, es otro notabilísimo capítulo de su quehacer científico, participando varios o individualmente, según se expone a renglón seguido.

El *Catálogo de las pinturas del Palacio Arzobispal de Sevilla*, se editó en 1979, tres años después de la arribada a nuestra ciudad de Enrique Valdivieso. (Coautor Juan Miguel Serrera).

El año siguiente (1980), se imprimió el libro titulado *El hospital de la Caridad de Sevilla* (también con Serrera) y en la misma anualidad, la *Sevilla oculta. Monasterios y conventos de clausura*, notabilísima aportación histórico-artística, conteniendo centenares de noticias inéditas de un conjunto tan poco conocido por su singularidad (ahora con Alfredo Morales).

Importantísima es la *Guía artística de Sevilla y su provincia*, publicada en 1981 por la Diputación, trabajo ingente, plenamente logrado, con estudio directo de las miles de obras repartidas a lo largo y a lo ancho de toda la geografía provincial, obra de inestimable valor, en la que por su envergadura participó todo el equipo de nuestro colega —integrado por los profesores M<sup>a</sup> Jesús Sanz, Alfredo Morales y Juan Miguel Serrera—, bajo la batuta de Valdivieso, (quienes hemos laborado en obras análogas sabemos del enorme esfuerzo, entrega y dedicación, que requiere, y de su gran responsabilidad).

Del siguiente año (1982) data el estudio *La época de Murillo, antecedentes y consecuencias de su pintura* (con Serrera).

*La pintura sevillana del primer tercio del siglo XVII* (1985) destaca por su gran erudición y aporte de materiales, copiosamente documentados (también con Serrera).

Prescindo deliberadamente de sus numerosos artículos de revistas, que harían interminable esta relación, incluido, no obstante, en el apéndice bibliográfico. El cúmulo de precisiones, rectificaciones, hallazgos, identificaciones, etc. es trascendental, imposible siquiera de intentarlo en esta modesta semblanza.

No puedo terminar esta apabullante relación bibliográfica, sin mencionar que varias de ellas están avaladas por prólogos de sabias firmas y las cuidadas ediciones de no pocas, a cargo de la prestigiosa Editorial Guadalquivir.

\*\*\*

Tan extraordinaria labor ha merecido justas y honrosas distinciones, que ennoblecen su excepcional currículum; destaquemos,

entre ellas, el título de *Correspondiente en nuestra ciudad* de la Real Academia Nacional de Bellas Artes de San Fernando.

\*\*\*

Réstame, por último, glosar el discurso de recepción del nuevo Numerario (que acabamos de escuchar y aplaudir), según costumbre generalizada. Se titula *Temas cervantinos en la pintura sevillana decimonónica*, estudio de tesis, de gran erudición, en que se relacionan las artes plásticas y las literarias, en quehaceres afines a los específicos de esta Corporación.

El elenco de artistas analizados fluctúan del neoimpresionismo, el costumbrismo y del romanticismo el historicismo, categorías estética y fórmulas artísticas desenvueltas en torno al realismo academicista imperante en la época.

Los asuntos tratados, se refieren fundamentalmente al Quijote, aunque varios se inspiran en las Novelas Ejemplares, o son escenas cervantinas imaginadas, de libre sentido creativo.

Destacan el conjunto en pequeño formato —indudables bocetos— originales del gran artista Eduardo Cano; y de modo muy sobresaliente, los 689 dibujos para ilustrar el llamado «*Quijote del Centenario*» (además de los óleos de asuntos cervantinos) que compuso el genial José Jiménez Aranda.

La importancia de dichas ilustraciones —inconclusas por su autor— lo revela que la serie fuese continuada por grandes maestros del pincel, cuales García Ramos, Bilbao, Villegas Cordero, Sorolla y Benedito.

Y no cesan tareas análogas: Acabo de recibir en mi biblioteca un Quijote, editado este mismo año por Espasa-Calpe, profusa y magníficamente ilustrado en color, por el sorollista valenciano José Segrelles, de gran estimación.

\*\*\*

Permitidme ahora, señores Académicos, que me una, en recuerdo emocionado, a dos entrañables amigos, citados por el Doctor Valdivieso, en su discurso: a José Romero Escassi, a quien sucede, según sabemos, en el sillón académico, gran pintor, médi-

co, Catedrático de Anatomía Artística, y compañero claustal en la Facultad Hispalense de Bellas Artes, con quien mantuve siempre cordialísima relación en afanes comunes; es el otro, José María Benjumea Fernández Angulo, ilustre prócer a quien tanto debe la Cultura y el Arte sevillano (Académico Electo de esta su dilecta Corporación), de quien recibí innumerables y repetidas atenciones y alientos, que tanto me ayudaron en mi quehacer artístico.

\*\*\*

Y termino (que ya abusé de vuestra benévola atención), con una doble felicitación: en primer lugar, al nuevo Académico Numerario por incorporarse de pleno derecho a nuestras nobles tareas; y, muy especialmente, a esta Real Academia por traer a su seno a un historiador de Arte —hombre, además, de vasta cultura—, que, sin duda, la honrará con su demostrado e inteligente sentido del trabajo.

He dicho

*José Hernández Díaz*